

píritu tradicional y al propio tiempo moderno. Con los procedimientos españoles—adoración ciega, intangibilidad del clásico—se va hacia la reproducción artificiosa y grotesca de cualquier poeta o novelista del siglo XVII. En Francia, un novelista para las clases conservadoras (un Bordeaux, un Boysleve, etc.) no pretende escribir, por ejemplo, como la señora La Fayette, la autora de *La princesa de Cleves*. Tienen los tales noveladores su espíritu tradicionalista; pero escriben en un lenguaje limpio y claro. En España, el ideal de un novelista conservador sería escribir, palabra por palabra, tilde por tilde, como Cervantes, o Mateo Alemán o Salas Barbadillo.

Abundan en Francia los manuales de historia literaria. Los hay liberales y conservadores. Responden unos y otros a las distintas tendencias de las instituciones pedagógicas que los utilizan. Conservador es el manual de Doumic; liberal el de Lanson. Alrededor de estos dos tipos de historia giran todos los compendios redactados en Francia para usos de la enseñanza. El manual de Doumic, conservador, sería liberal en España. Es cierto que en este librito (del que van impresos más de 300,000 ejemplares) se llega a ignorar la existencia de uno de los más grandes poetas modernos en Francia—Baudelaire—; pero los juicios del autor sobre Moliere, por ejemplo, sobre Voltaire, no podrían ser tan amplios, tan abiertos, tan sutiles, firmados por un conservador español. Lanson, en su manual, se esfuerza por parecer más tolerante. De la primera edición de su libro a la última van diferencias esenciales. Lanson es autor de un libro sobre Boileau y de otro sobre Bossuet; sus preferencias como crítico han ido precisamente a las dos figuras, grandes figuras, más representativas del tradicionalismo en Francia. Por otra parte, Lanson, actual director de la Normal de París, el centro intelectual más austero de Francia, es a la vez el prologuista de una antología—editada por Figuiere—de poetas desconcertantes y ultramodernos. Se tiene por liberal el libro de Lanson, y sería pedantesco que un extranjero fuera a dar lecciones de liberalismo literario a los compatriotas ensalzadores de un escritor. Pero si Doumic suprime a Baudelaire, Lanson no da muestras de amplia comprensión al hablar del gran poeta. Diríase que en Francia el autor de *Las flores del mal* es la piedra de toque para el contraste de la capacidad de los críticos.

Nuestra literatura estudiada en los textos es un libro excelente. Tiene esta obra un antecedente; no la menciona el autor en el prólogo; creemos que tampoco va incluido en la amplia bi-

bliografía que va al frente del primer volumen. El antecedente es el libro de Hervier sobre los grandes autores «juzgados por sus contemporáneos». Las dos obras, sin embargo, la de Braunschvig y la de Hervier, tienen estrecha relación y se complementan. Braunschvig ha escrito su libro con toda escrupulosidad. Nada falta en él: ni crítica, ni biografía, ni abundante bibliografía. El autor procede metódicamente. Ante un hecho literario (la oratoria sagrada, la novela, la tragedia, etc.), Braunschvig nos informa primero de todo lo relativo a la personalidad de los autores tratados (biografía, bibliografía); luego expone las características dominantes en el hecho o en el autor; por último, nos ofrece los textos más significativos en relación con la tendencia o movimiento literario estudiado. Y el texto va ilustrado por breves y discretas notas.

No se insistirá nunca bastante sobre la conveniencia—desde el punto de vista de la enseñanza—del estudio directo de los textos. Alguna vez hemos dicho que las oposiciones de literatura debieran limitarse al comentario de los textos. No haría falta repetición memorista de nombres, títulos y pasajes de obras famosas. Bastaría con que

el opositor abriera un libro al azar, un gran libro clásico, y nos dijera sus impresiones...

El libro de Braunschvig responde a esa tendencia, que, desde el ministerio de instrucción pública, en Francia, se quiere imponer a la enseñanza de la literatura. «El estudio de los textos—dice un autor—no podrá ser nunca bastante recomendado; ese es el camino más corto, el más seguro, el más agradable para todo género de erudición. Adquirid las cosas de primera mano; id a la misma fuente; manejad, volved a manejar los textos... Los primeros comentaristas se han encontrado en el caso en que yo deseo que os encontréis. No les sigáis; no adoptéis sus puntos de vista sino en aquella parte en que complementan los vuestros...» ¿Quién habla así? La Bruyere, en *Los caracteres* (capítulo titulado «De algunas costumbres»). El fragmento, que no hemos citado en su integridad, merecería haber sido estampado, en alguna de sus frases al menos, al frente de *Nuestra literatura estudiada en los textos*. Con esas palabras de la Bruyere queremos terminar este anuncio del libro, excelente, interesantísimo, del profesor Braunschvig. (A. B. C. Madrid).

Los Presidentes “Mano de Hierro”

POR EL DR. T. ESQUIVEL OBREGON

Ex-Ministro de Hacienda de México

[«Se necesita un Dictador, no como PELICO; un Dictador honrado».

Grave declaración que *La Tribuna* del martes 27 de setiembre próximo pasado pone en boca del señor Presidente de la República y que motiva la reproducción de las siguientes líneas].

LA teoría de la «mano de hierro» no es más que un ejemplo de lo difícil que es arrancar de un pueblo un prejuicio cuando están en su favor los declamadores, aun cuando estén en su contra lo hechos.

Esa teoría no es nueva; ha sido predicada a todos los presidentes, y todos o casi todos la han aceptado por norma de conducta. Siempre han causado la desgracia del pueblo con su obstina-

ción, y al último es esa doctrina la que ha determinado su caída; pero esto no impide que ella siga haciendo fortuna en el ánimo del sucesor.

Jamás ha habido doctrina más perniciosa: ella es responsable de la tiranía y rigidez del Ejecutivo, que ha hecho caminar la sociedad como entre un sendero escabroso, dando tumbos y perpetuamente descompuestos sus rodajes: ella es la responsable de que

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del “Templo de la Música”

SAN JOSE DE COSTA RICA